

Introducción

El movimiento indígena ecuatoriano emerge con fuerza en la década de 1990 como actor clave en las luchas sociales y en la transformación política del país. Según Velasco (2019), tras siglos de opresión y exclusión, las comunidades nativas alzan su voz y conquistan espacios de participación que previamente les habían sido negados (p. 220).

Desarrollo

Uno de los hitos iniciales fue el Levantamiento Indígena de 1990 liderado por la CONAIE. Este movimiento surgido en 1986, convocó una masiva protesta en junio de 1990 contra las políticas neoliberales y la exclusión de los pueblos originarios.

Según Chiriboga (2001), las demandas por "territorio, cultura, libertad y poder constituyente" sentaron las bases para la irrupción del movimiento indígena como actor protagónico capaz de interpelar al Estado (p. 30).

En los años siguientes, se sucedieron movilizaciones que aumentaron la presión sobre el régimen para impulsar transformaciones. En 1994, se levantaron contra la Ley Agraria que amenazaba sus territorios. En 1996, las protestas derivaron en la destitución de Abdalá Bucaram y una Asamblea Constituyente donde plasmaron reivindicaciones históricas.

Sobre este proceso, Saint-Upéry (2001) analiza:

La constitución de Pachakutik en 1996 como brazo político electoral de las organizaciones indígenas, permitió incrementar la representación nativa en los gobiernos locales y provinciales, conquistando incluso algunas prefecturas y decenas de alcaldías (Velasco, 2019, p. 224).

El punto culminante llegó en enero de 2000 con el derrocamiento de Jamil Mahuad, catalizado por el movimiento liderado por la CONAIE. Como evidencia Garretón (2001) esto demostró su poder desestabilizador sobre los gobiernos neoliberales, el cual volverían a ejercitar en las protestas de 2001 durante el mandato de Gustavo Noboa (p. 28).

En síntesis, en la década de 1990 el movimiento indígena ecuatoriano resurgió como un protagonista político capaz de movilizar a miles de personas. Desde las calles a las instituciones, su voz se volvió ineludible para las transformaciones democráticas del país (Velasco, 2019, p. 226).

Conclusión

Velasco (2019) sostiene que la década de 1990 estuvo marcada por la irrupción del movimiento nativo como actor político relevante, con capacidad de convocatoria, organización y propuesta (p. 226). Su legado es la construcción de un Estado más diverso e incluyente. Pero quedan desafíos por resolver, entre ellos reformas institucionales para profundizar su participación política. Solo así Ecuador podrá transitar hacia una democracia intercultural de amplia base social.